

---

SEVILLA 17 DE SEPTIEMBRE DE 2004

No sé exactamente por qué, pero hoy he decidido poner por escrito, a estas alturas de los hechos, las anécdotas y vivencias más importantes que mi mente sea capaz de revivir relativas a mi relación con Marta, especialmente en el tramo final de su vida. No tengo claro cual es el motivo, ni tampoco he estructurado previamente cual debe ser el orden ni la forma. Tampoco se trata de hacer un diario, de manera que la redacción se irá conformando en el tiempo y en forma no prevista.

Poco a poco voy comprendiendo que el tiempo juega un papel muy importante en la percepción, valoración e interpretación de los hechos pasados. Por eso he creído conveniente para mí mismo dejar este recuerdo de lo que he sentido y vivido en este determinado periodo de mi vida, sin duda el más dramático de todos los momentos, porque a estas alturas, cuando han pasado los primeros meses y tengo que volver a sonreír, cuando todo el que me tenía que hacer llegar sus mensajes de condolencia ya lo ha hecho, cuando hablar sobre Marta significa remover el dolor y estamos en tiempo de evitarlo porque así lo percibe mi interlocutor sea quien sea, entonces me doy cuenta que estoy sólo.

---

Marta murió con diecinueve años, y sé que no será posible resumirlos en un escrito cuya finalidad principal, al fin y al cabo, es descargar sentimientos la mayoría de las veces reprimidos y acumulados durante el tramo final.

Me resulta difícil compartir esta pérdida con los demás, a veces, ni siquiera con mi propia familia, porque los ritmos son distintos, y porque cada uno de nosotros lleva su propio drama.

Estoy convencido de que muchos de los que me rodean creen que tuve una hija que murió, que fue una desgracia lo que pasó pero que no hay que darle muchas vueltas a este hecho, que lo mejor es no mencionarlo, y que yo así lo admito y lo asumo. Con su conducta piensan que una forma de ayudarme a superar el trance es mantener una actitud de olvido y esquivo con lo sucedido, como si el tiempo transcurrido fuera ya suficiente, y se comportan con una naturalidad a veces inadecuada, o hiriente.

Estoy descubriendo que la soledad es la peor de las situaciones, y la ficción es el peor de los papeles que me está tocando interpretar en bastantes ocasiones.

No soporto bien el hecho de que los que me rodean, mis amigos, mis compañeros de trabajo, mis vecinos, incluso parte de la familia, sufran por mí cuando se percatan del estado de decaimiento o depresión por el que se pasa inevitablemente cada día.

Pero al mismo tiempo tampoco me resulta fácil sobrellevar el que no captan que tienen delante a

---

un actor que en muchos momentos está obligado a representar un papel porque, a estas alturas, aún no he sido capaz de lograr que pase una hora seguida sin que me asalte su recuerdo. Y cuando eso sucede estando las sensibilidades a flor de piel, entonces cualquier frase, cualquier gesto, incluso un objeto sin importancia aparente, provocan un estremecimiento interno que al menos yo me siento obligado a no exteriorizar, para evitar la desazón en mi interlocutor.

Esta especie de doble personalidad da lugar a dos deseos, dos actitudes: la que se comparte, la que se ve, la que se exterioriza, la que dejo que perciban, y la otra, la mía propia, la interior, la que no comparto, la que me trago porque es sólo mía y se vive en soledad. La falsa y la verdadera.

---

## LOS RECUERDOS

Recuerdo cuando Marta nació, el día siete de Octubre de 1984.

Fue especial, como todo lo que sucedería con ella hasta el final. Había mucha gente esperándola con las pilas cargadas de amor para descargarlas en ella. Lo percibo ahora, porque me doy cuenta de que no fue una sobrina, una prima o una nieta más. Era alguien especial.

Tengo grabada la imagen de la enfermera abriendo las puertas del ascensor del hospital de maternidad, saliendo empujando una cestita con Marta dentro, y vi aquella niña tan pequeña, con la cabeza abollada por el sufrimiento fetal a que había estado sometida, pero viva, y movía sus manos de forma perezosa.

Nació a las dos de la tarde, cuando los médicos se encontraban en horas de almuerzo, y después de sufrir una bradicardia. Las alarmas del hospital sonaron y a mi esposa le provocaron de forma urgente una cesárea. La verdad es que la niña estuvo muy cerca de morir.

Lo primero que hice fue mirar sus manos y contar sus dedos, de las manos y de los pies, y llevar a cabo todo un ritual que tenía preparado en mi mente

---

para comprobar que era normal, que no tenía defectos físicos aparentes. Observé que daba tiritones, espasmos, como si tuviese frío. La enfermera dijo: *eso no es ningún problema, es normal. Acaba de nacer y ha pasado por un sufrimiento fetal crítico. Su cabeza aparece un poco amelonada precisamente por el sufrimiento fetal, pero en muy poco tiempo tomará su forma...* Sin embargo, debo decir que pasé un miedo inexplicable no sólo en aquel parto que se complicó en el último momento, sino durante el periodo de embarazo de mi mujer. Poco a poco, fue pasando.

Me emocioné y lloré de alegría: ¡por fin era padre! Ella abrió los ojos y deduje que eran azules. Se lo dije a mi cuñada: Es rubia con ojos azules y cabeza de pepino. Sin saberlo, empezaba a cumplirse la primera parte de su epitafio: CUANDO TÚ NACISTE, TODOS SONREÍAN Y TÚ LLORABAS. La explosión de júbilo de todos nosotros, junto al llanto justificador de su vida. Fue el colmo de la satisfacción.

Mi esposa quería ponerle por nombre Virginia. Yo quería que se llamase Marta, y llegamos al momento del parto sin ponernos de acuerdo. Sabíamos cómo se llamaría si hubiese sido un varón, pero estuvimos en discusión todo el tiempo para el caso de tratarse de una niña, de manera que allí mismo en maternidad, con testigos y con la niña ya en el mundo, lanzamos una moneda al aire, delante de todos, y por eso se llama Marta. Gané yo.

Nos salió llorona, de poco comer y con muchos gases. Pasábamos muchas noches en vela, y Ángela y yo nos turnábamos para cogerla boca abajo y pasear de un lado a otro por el salón masajéandole la

---

barriguita para que se durmiera. Sólo Dios sabe las horas que hemos dedicado a esta tarea.

Mientras escribo, pasan las escenas por mi pensamiento: La paciencia de mi esposa sentada en el sofá mirando la televisión a las cuatro de la madrugada, derrochando amor al mismo tiempo que irritación con la dichosa niña que a aquellas horas se negaba a dormir. Dadas las noches de insomnio que nos hacía pasar, por esas fechas y de forma cariñosa entre Ángela y yo, la rebautizamos: a veces la llamábamos *Marta de la Coña*.

Dormía en su cuna con un dedo de cualquiera de nosotros cogido con su mano. Mientras uno de nosotros dormía, el otro ponía el dedo a través de los barrotes para que la niña lo sujetara y durmiera. Si cometías el error de moverte, podías dar la noche por perdida. Iba al revés de nuestros deseos: Justo cuando empezaba a tomar el biberón, se dormía. Aquella tarea de alimentar a la niña, que en condiciones normales debería tardar quince minutos, se demoraba a veces hasta la desesperación. Es como si mostrara indiferencia ante la comida que le daba la vida, y sin embargo, se mantenía despierta incluso a horas indebidas, como si tuviera prisa por vivir.

Acababa de nacer, y empezó a instalarse en Ángela y en mí una sensación nueva, que no habíamos experimentado nunca: EL MIEDO.

Yo supongo que todos los padres sienten miedo ante la posibilidad de que a sus hijos les pueda ocurrir algún percance: Miedo a una caída, a un accidente de cualquier tipo, a una enfermedad... Sobre todo si es el primer hijo y se paga la novatada. Esto

---

es lo que dicen todos. Pero en nuestro caso con Marta, además de la protección (tal vez, superprotección) que teníamos con ella, estaba esa percepción, instintiva, interior, callada, del miedo.

El miedo es algo difícil de describir si no tienes causas más o menos justificativas que pudieran explicarlo. Ahora que Marta ha muerto, mi esposa dice que ha convivido con esa sensación toda la vida. Yo le digo a ella que también he sentido lo mismo. A pesar de eso, jamás lo habíamos comentado, ni discutido, ni siquiera mencionado, por tratarse de una impresión íntima, personal. Creo que si lo hubiésemos hecho, nos habríamos calificado de locos mutuamente, porque habríamos encontrado argumentos aplastantes para rebatir esa apreciación del otro. Pero después de lo ocurrido, sí que hemos razonado mi esposa y yo: Tenemos otros dos hijos y sin embargo el miedo que hemos sentido con Marta no lo hemos experimentado con ninguno de los otros. Y esa sensación ha durado toda la vida.

Sé que mi esposa es sincera cuando dice eso, porque ahora hago una valoración de su conducta con Marta desde que nació hasta su final, y llego a la conclusión de que efectivamente el miedo ha estado siempre presente.

Recuerdo el día que se atragantó con un trozo de hueso de sesada que mi esposa le había preparado. Afortunadamente, ese día estaba con nosotros mi cuñada, que mantuvo la serenidad para hacer que la niña expulsara el hueso. Yo me puse muy nervioso (miedo terrible) porque llegué a pensar que se nos asfixiaba. Se puso extremadamente colorada con

---

síntomas de no poder respirar, y esa escena la tengo grabada en mi memoria. Si en aquel momento hubiese ocurrido una tragedia, creo que ni mi esposa ni yo hubiésemos sabido reponernos del mazazo. Por eso no ocurrió.

\* \* \*

Ella sabe que también he experimentado esa sensación de miedo por Marta desde que nació, especialmente desde que coloqué en su habitación aquel póster.

Ya había cumplido tres años y en un viaje de trabajo que hice a San Juan de Puerto Rico, le traje aquel regalo.

Era la hora de salida del avión, y no había comprado nada como recuerdo del viaje. Y allí, en unos grandes almacenes, vi el cuadro: La niña de unos tres años, como Marta, rubia como ella, que miraba al mar envuelta en la toalla que la protegía tal vez del frío, y de espaldas al observador que, sin ella percatarse, le enviaba aquel mensaje sublime, aquel verso que suponía el compendio tanto de lo vivido hasta aquel momento, como de los deseos para aquella vida que se abría ante ella:

*Quando tu naciste,  
Todos sonreían, y tú llorabas.  
Vive de tal manera,  
Que cuando mueras  
Todos lloren y tú sonrías.*

---

Quedé impresionado porque en una imagen y cinco renglones se encontraban resumidos tanto los tres años transcurridos, como los que quedaban por vivir. Sin ser el autor, y sin ser aquella mi hija, yo hice mío aquella escena y aquel mensaje.

La vivencia de su nacimiento estaba perfectamente definida en tan sólo siete palabras: el sufrimiento del parto y el júbilo de su llegada.

La inmensidad del mar ante sus ojos representaba la vida, desconocida, misteriosa y extensa que se mostraba ante ella, incitándole a vivirla larga y fecundamente, de forma que su paso por este mundo dejase marcas, huellas imborrables que la superaran en el tiempo.

El último párrafo sería la consecuencia de todo lo anterior, pero yo ya no debía estar, yo no sería uno de tantos que tendrían que llorar mientras observaban su sonrisa después del deber cumplido. Al menos así lo razoné en aquel momento. Lo que no podía saber entonces es que aquel póster se convertiría en su epitafio, y que desgraciadamente me daría tiempo de vivir todas las escenas previstas en ese verso, incluido la última.

Le pusimos un marco y lo colgamos en su habitación.

Desde entonces, cada vez que entraba en su cuarto lo leía, y cada vez que lo leía sentía una sensación extraña y desagradable, y siempre terminaba observando a mi hija que dormía sosegada en su cama, o leía en su mesa de estudio, y me tranquilizaba.

---

Ese rondo de sentimientos se ha repetido en mi cerebro cientos de veces a lo largo de todos los años de forma inexplicable, hasta ahora, en que de manera contundente he entendido el por qué. Me cuesta un trabajo enorme creer en este tipo de casualidades, pero los hechos son demasiado evidentes como para obviarlos, y es que estábamos advertidos, pero no preparados para percibir e interpretar esos mensajes.

\* \* \*

El periodo de guardería y los primeros años de colegio fueron los que le sirvieron para despegar, poco a poco, en su desarrollo físico. En aquellos primeros años era delgadita y no muy alta, y nosotros habíamos visitado algunos pediatras que nos decían que la niña estaba perfecta y no tenía ningún padecimiento.

Para ellos, los problemas con la comida eran exceso de mimo. Tenían razón porque nosotros nos acomodábamos a los caprichos de la niña, hasta que visitamos a un pediatra que nos obligó a ser rigurosos con ella a la hora de comer. Muy a nuestro pesar, le hicimos caso, y fue la mejor de las medicinas porque a partir de entonces ya no hubo más problemas.

---

## SUS HERMANOS

El día ocho de Enero de 1987 nació su hermano Daniel y ella, con dos años y medio, se percató de que tenía que compartir con otro lo que hasta ese momento era sólo suyo: La atención de sus padres.

Recuerdo su mirada, mezcla de asombro, alegría, rechazo y enfado, cuando vio por primera vez a su madre con alguien en brazos que no era ella. Los celos afloraron, y el mecanismo de defensa que puso en práctica para atraernos fue especial, como era ella: hacerse maravillosa. Doña Perfecta.

Todo lo hacía bien. Sus trabajos, sus notas, sus ropas, sus amigas, su cara, su cuerpo, todo perfecto.

Permanentemente nos embelesaba con sus logros. Su hermano luchaba a su manera para hacerse hueco en el corazón de sus padres, pero Marta ocupaba mucho espacio. Jugaban entre ellos muchas veces, pero las reglas las marcaba Marta.

Iban juntos al colegio, vacaciones... Recuerdo cuando se nos perdieron los dos en Sierra Nevada, en Granada. Me maldije a mí mismo mil veces porque yo fui quien les incité a subir demasiado alto.

El miedo (otra vez el miedo) se hizo patente y por mi memoria pasa la angustia de aquella media hora en que estuvimos sin saber nada de los dos, con amigos

---

y personal de Sierra Nevada buscándolos a gritos en medio de una nevada que no permitía ver a dos metros de distancia.

Cuando Marta tenía nueve años, nació su hermana Ángela, el día cuatro de Abril de 1994. Para ella fue como un regalo, una muñeca especial dentro de su colección. Las dos compartirían la misma habitación y a medida que iban creciendo, Marta asumiría el papel de segunda madre de La Pequeña, o La Chica. Ese es el apelativo con que llamamos todos a Ángela, y aún hoy, ya sin Marta, la seguimos llamando así a pesar de que ya no tenemos a ninguna mayor con quien comparar.

\* \* \*

Una de las formas más íntima de mi relación con Marta, ha sido a través de la música.

Con nueve años se matriculó en el Conservatorio de Mairena del Aljarafe, localidad cercana a Sevilla. Fue más un capricho mío que un deseo de ella o de la familia, pero nadie puso objeciones, y recuerdo sus primeros días de clase. También recuerdo lo que yo iba sintiendo a medida que pasaban los días, los meses y los años, y veía que era capaz de entender la música como yo lo había hecho cuando tenía su misma edad. Tenía un oído casi perfecto, entonces, no desafinaba al cantar, encontraba matices... Reunía cualidades musicales que provocaban en mí una satisfacción que yo vivía de forma muy particular.

Mis horas sentado junto a ella en el piano matizando sus ejercicios, su mirada cómplice ante un